objeto de pasion que excite su deseo, su cólera, su temor, su esperanza.

Así pues, no solo son bajos los entretenimientos en que los hombres creen hallar su dicha; son igualmente falsos y engañosos, es decir, tienen por objeto fantasmas é ilusiones incapaces de ocupar su espíritu si no hubiesen perdido el sentimiento y el gusto del verdadero bien, ni estuviesen llenos de bajeza, de vanidad, de orgullo y de mil otros vicios. Las diversiones no pueden consolarnos en nuestras miserias sin causarnos otra mas grande y efectiva, cual es la de impedirnos el pensar en nosotros y hacernos perder el tiempo sin sentirlo. Sin ellas viviriamos indudablemente con disgusto; pero el mismo disgusto nos obligaria á buscar otros medios juiciosos para librarnos de él. Los entretenimientos no hacen mas que engañarnos y llevarnos insensiblemente al sepulcro.

4.°—No habiendo podido los hombres curar la muerte, la miseria y la ignorancia, han inventado únicamente para sobrellevarlas el convenirse en no pensar en ellas: ¡triste recurso que sin curar el mal solo le oculta por un poco de tiempo, para que durante él no se piense en buscarle remedio verdadero! Así es que, por un trastorno extraño de la naturaleza, aunque el disgusto sea el mas sensible mal del hombre, en cierto modo viene á ser su mayor bien, cuando él mejor que nada puede contribuir á su remedio; y la diversion en que se hace consistir este bien, siempre es en realidad su mayor mal, pues solo contribuye á distraerle de buscar un sólido consuelo. Mas siendo esto una prueba admirable de la miseria y corrupcion del hombre, al mismo tiempo lo es de su grandeza; porque ese fastidio que le inspira todo, y su conato por las ocupaciones tumultuosas, dimanan de la idea que conserva de su perdida dicha, y de que no pudiendo hallarla dentro de sí mismo, la busca inútilmente en todas las cosas exteriores, sin atender á que léjos de nosotros y de las criaturas, solo se encuentra en Dios.

5.°—Infelices por naturaleza, siempre y en todos los estados, nos figuran otro feliz nuestros deseos uniendo á aquel en que nos vemos los placeres de aquel en que no estamos: mas aun cuando pudiésemos llegar á tales goces, tampoco seriamos dichosos; porque entónces á nuestro nuevo estado se seguirian nuevos deseos.

6.°—Figúrese una reunion de hombres cargados de cadenas, y que condenados todos á morir unos á vista de otros, contemplando los que sobreviven su propia suerte en la de sus semejantes cada dia degollados, ya sin esperanza y con mutuo dolor aguardan solamente á que llegue su vez: hé aquí la imágen de nuestra condicion.

ARTICULO VIII.

Causas de algunas opiniones populares.

1.°—Sin órden escribiré aquí mis pensamientos. Esta confusion lleva el designio de un verdadero órden, que es el de señalar siempre mi objeto por el desórden mismo.

Vamos á ver que todas las opiniones populares son muy sanas; que el pueblo no es tan va-

no como se pretende; y que por consiguiente, la opinion que destruyese la del pueblo, se destruiria á sí misma.

2.º—En cierto sentido es indudable que todo el mundo vive en la ilusion; pues aunque las opiniones populares sean sanas en sí mismas, no lo son en el pueblo, porque este crée que se halla la verdad donde no puede estar. Ella se encuentra bien en su opinion, mas no en el punto en que se la figura.

3.º—El pueblo venera á las personas de un elevado nacimiento. Los semisabios las desprecian diciendo que esta es una ventaja de la casualidad y no de la persona. Los verdaderos sabios, sin pensar como el pueblo, las honran por miras algo mas elevadas. Algunos devotos de poca perspicacia, á pesar del respeto con que las ven los sabios, las menosprecian formando juicio de ellas por una nueva luz que la piedad les presta. Los cristianos perfectos, guiados por otra luz mas clara, las aprecian. De este modo van las opiniones á favor ó en contra, segun la mayor ó menor claridad de la luz de cada uno.

4.º—El mayor de los males es la guerra civil. Ella es infalible cuando se quiere recompensar el mérito, porque entónces todos creen merecer. El mal que se puede temer de un necio sucesor por derecho de nacimiento, no es tan seguro ni tan grave.

5.º—¿Prevalece la pluralidad por hallarse en ella la razon? No, sino porque aquí está la mayor fuerza. ¿Se siguen las antiguas leyes y opiniones por ser las mas sanas? No; pero son únicas, y nos quitan la raiz de la diversidad.

6.º—El imperio dulce y voluntario fundado en la opinion y en la imaginacion, reina por algun tiempo; el de la fuerza siempre. La opinion es la reina del mundo, la fuerza su tirano.

7.º—¡Cuán acertado ha sido distinguir á los hombres mas bien por su exterior que no por sus calidades interiores! De nosotros dos, ¿quién pasará primero? quién cederá el lugar? el ménos hábil? Lo soy tanto como él; será preciso que riñamos sobre esto. Pero él tiene cuatro lacayos y yo tengo solo uno: esto es claro, no hay mas que contar. Yo soy, pues, el que debe ceder, y seré un necio si quiero disputar. Por este medio vednos puestos en paz, que es el mas grande de los bienes.

8.º—La costumbre de ver á los reyes acompañados de oficiales, de guardias, de tambores y de aquel aparato que obliga la máquina á ceder por el respeto y el terror, hace que su semblante inspire ese terror y ese respeto aun cuando alguna vez se les vea solos; porque no puede separarse en la imaginacion la idea del séquito de la de sus personas, á las cuales comunmente está unido. Mas ignorando el mundo que este efecto proviene del hábito, le atribuye á una fuerza natural, y de aquí las palabras: *En su semblante se ve impreso el carácter de la divinidad.*

La potestad de los reyes se funda en la razon y locura del pueblo, y mucho mas sobre esta. Lo que hay en el mundo mas importante y grande tiene por fundamento la flaqueza; pero ese fundamento es admirablemente seguro, porque en el pueblo nada lo es mas que esta flaqueza. Lo que se funda en la sola razon, como la estimacion de la sabiduría, está muy mal fundado.

9.°—Nuestros magistrados han penetrado bien este misterio. Sus vestidos rojos, las pieles de armiño en que se forran como gatos, los palacios de sus tribunales, las flores de lis, todo ese aparato augusto les era necesario. De la misma suerte, si los médicos no tuviesen sotanas y mulas, ni los doctores gorros cuadrados y vestidos muy anchos y de cuatro partes, jamas hubieran engañado al mundo que no puede resistirse á la autenticidad de tales muestras. Los soldados no se disfrazan de este modo, porque su parte es en realidad mas esencial: así como aquellos por pliegues y gesticulaciones, estos se establecen por la fuerza.

Tampoco han gustado de semejantes embozos nuestros reyes. Para manifestarse como tales, en vez de enmascararse con vestidos tan extraordinarios, se hacen acompañar de guardias y alabardas, de esos mascarones que solo para ellos tienen manos y fuerza: las trompetas y tambores que los preceden y las legiones que los cercan, hacen temblar á los mas firmes. Carecen del vestido, solamente tienen el poder. Seria menester una razon muy depurada para considerar como cualquier otro hombre al gran señor en su soberbio serrallo cercado de cuarenta mil genízaros.

Si los magistrados poseyesen la verdadera justicia y los médicos el arte de curar, no tendrian sin duda necesidad de gorros: por sí misma seria venerable la magestad de las ciencias. Pero sin poseer mas que las imaginarias, es preciso echen mano de estos vanos adornos, que hiriendo la imaginacion, á la cual se dirigen, efectivamente les atraen el respeto.

No podemos ver un abogado con su gorro y

su ropa talar, sin formar desde luego una opinion ventajosa de su capacidad.

Los suizos se ofenden de que se les llame caballeros, y prueban ser plebeyos para que se les juzgue dignos de los grandes empleos.

10.°—Para gobernar un buque no se elige al pasagero de mas distinguido nacimiento.

Todo el mundo ve trabajar por conseguir lo incierto, en las batallas, en la mar, en todas partes; pero todo el mundo no ve la regla de los partidos (1) que demuestra cuál debe tomarse. Montaigne ha observado que ofende un entendimiento cojo, y que la costumbre hace todo; mas no ha notado la causa de este efecto. Los que solo ven los efectos sin las causas, son con respecto á los que las descubren, lo que aquellos que no tienen sino ojos respecto de los que ademas tienen discernimiento; porque los efectos son como sensibles, y las causas solo puede verlas el espíritu. Y aunque por el espíritu se vean los efectos, este espíritu comparado con el que ve las causas, es como los sentidos corporales respecto del espíritu.

11.°—¿De qué proviene no irritarnos un cojo, y que sí nos irrite un entendimiento que cojea? La causa es que un cojo reconoce que vamos derechos, y un entendimiento cojo nos dice que no

(1) En el discurso sobre la vida y obras de Pascal por M. Bossuet, se trata de un problema de los *partidos*, que debe proponerse á dos ó mas jugadores; problema cuya solucion habia dado Pascal; mas lo que este al parecer entiende aquí por la *regla de los partidos*, son las suertes ó riesgos en tomar tal ó tal. ¿Qué debo hacer en este caso? ¿Cuál es el partido mas ventajoso para mí? Aquel en que hay mas que ganar y ménos que perder [*Ed. de* 1821].

*

él, sino nosotros somos los que cojeamos: á no ser esto, mas que cólera nos causaria lástima.

De la misma suerte pregunta Epicteto, por qué no nos enfadamos si nos dicen que nos está doliendo la cabeza, y nos enfada el oir decir que discurrimos mal ó no sabemos elegir. La causa es que estamos tan seguros de no dolernos la cabeza como de no ser cojos, y no lo estamos igualmente de nuestro entendimiento y acierto en elegir. Aquí sin mas seguridad que la de ver con todos nuestros ojos, nos asombra y suspende que con todos los suyos otro vea lo contrario; y mucho mas nos suspende y asombra que sean muchos los que se burlen de nuestra eleccion; porque el preferir nuestras luces á la de tantos otros, es atrevido á mas de ser dificil. Semejante oposicion de juicios jamas se ofrece sobre un cojo.

12.º—El respeto consiste en decir, tomaos esta molestia. Tal expresion, en apariencia vana, en realidad es justa, porque quiere decir: Hallándoos en mi caso y yo en el vuestro, me molestaria mucho que olvidáseis un cumplimiento que de nada sirve, pero que se ha establecido para distinguir á los grandes. Si el respeto consistiese en estarse recostado en un sofá, respetando á todo el mundo no se harian distinciones; pero levantándose de él se distingue muy bien.

13.º—El vestir guapamente no es demasiado vano; es hacer ver que se da ocupacion á muchas gentes: es manifestar en los cabellos un perfumador y un ayuda de cámara; en la valona, el lino y los encajes. No es una simple superficie ó aderezo; es tener un hombre muchos brazos ocupados en su propio servicio.

14.º—Vaya! ¡se quiere que reuse mi respeto á un hombre vestido de brocado y seguido de siete á ocho lacayos! Cómo! me hará sacudir si yo no le saludo. Ese vestido es una fuerza: no sucede lo mismo á un caballo cuando ve á otro enjaezado.

Es gracioso Montaigne en no advertir la diferencia que hay entre admirar que suceda esto, y preguntar por qué.

15.º—El pueblo tiene opiniones muy sanas, por ejemplo, la de preferir la diversion y la caza á la poesía. Los semisabios hacen burla de esto, y como en triunfo creen haber demostrado que es una locura; mas por una razon que no penetran, tiene razon el pueblo. Hace igualmente bien en distinguir á los hombres por su aspecto exterior como por su nacimiento ó su fortuna. El mundo triunfa contra él del mismo modo, creyendo haber probado cuanto se desvia aquí de la razon; pero lo cierto es que obra muy conforme á ella.

16.º—El nacimiento es gran ventaja: hace que un hombre de diez y ocho á veinte años sea tan conocido y respetado como otro pudiera merecerlo á los cincuenta: son treinta años ganados sin trabajo.

17.º—Ciertos hombres para manifestar que se les agravia en no estimarlos, alegan siempre el ejemplo de personas de distincion que los estiman. Yo quisiera decirles: Hacednos ver el mérito que os ha proporcionado la estimacion de esas personas; tal vez entónces podrémos estimaros.

18.º—De un hombre que se pone á un balcon para ver los que pasan, ¿podré decir, si acierto á ir por allí, que se ha puesto con designio de verme? No, sin la menor duda; porque él no pien-

sa en mí en particular. Y el que ama á una persona solo por su hermosura ¿podrá decir que la ama? No, porque las viruelas quitando esa hermosura á la persona, le harán cesar de amarla. Y amándome por mi entendimiento ó mi memoria ¿soy amado? Tampoco; porque esas calidades sin dejar yo de ser puedo perderlas. ¿En dónde, pues, se encuentra este *Yo* que no se halla en mi cuerpo ni en mi alma? ¿cómo se puede amar á esta ni á aquel sino por esas calidades que no constituyen este *Yo*, pues son perecederas? ¿Pudiera amarse la sustancia de una alma abstraidamente y algunas calidades que en ella concurriesen? Esto no es posible, y ademas seria injusto. Jamas es amada la persona sino sus calidades; y si se ama, es preciso decir que es el conjunto de aquellas que la forman.

19.°—Comunmente son frioleras las cosas que mas afectan nuestro corazon, como lo es, por ejemplo, el ocultar la escasez de bienes de fortuna. Esta nada convertida en montaña por un capricho de la imaginacion cuando quiere se ignore, viene á ser descubierta sin trabajo por otro igual capricho.

20.°—Son raros los genios inventores; los que no inventan son en mayor número, y por consiguiente los mas fuertes. Estos por lo comun reusan á aquellos la gloria que merecen y á que aspiran por sus invenciones; y si los inventores se obstinan en quererla y en tratar con desprecio á los que no son capaces de inventar, solo consiguen que se les den nombres ridículos y se les trate de visionarios. Es menester, pues, cuando se logra esta ventaja, por mas grande que sea, guardarse

bien de la jactancia, y contentarse con la estimacion del reducido número de aquellos que conocen su precio.

ARTICULO IX.

Pensamientos morales sueltos.

1.°—En el mundo estan todas las buenas máximas, solo falta aplicarlas. Por ejemplo, no se duda ser preciso exponer la vida en obsequio del bien público, y así lo hacen muchos; pero por la religion casi ninguno. Es necesario que haya desigualdad entre los hombres; mas concedido esto, hé aquí la puerta abierta no solo á la mayor dominacion, sino tambien á la mayor tiranía. Es menester disminuir un poco la tension del espíritu; pero esto abre el camino á los mas grandes desarreglos. Señálense los límites, no hay ninguno en las cosas: las leyes tratan de ponerlos, y el espíritu no puede tolerarlos.

2.°—Con mucho mas imperio que un amo nos manda la razon: desobedecer á aquel, es ser un necio; desobedecer á esta, es hacerse infeliz.

3.°—(1) Por qué me matais?—Cómo! ¿no vivis de la otra parte del agua? Amigo, si viviéseis aquí y yo os matase, cometeria un asesinato: viviendo allí es muy justo, y yo soy un valiente.

4.°—Los desarreglados dicen á los que viven en el órden: Os alejais de la naturaleza: creen seguirla como los embarcados alejarse de los que estan á la orilla. De ambas partes se oye un mis-

(1) Véase la 1.ª parte art. 6 § 9.°